

Edith Wharton

LA IMAGEN MOVIL

La noticia de la muerte de la señora Grancy me llegó como el impacto de un inmenso error ..., uno de los actos del más irreparable vandalismo del destino. Fue como si todo un conjunto de fuerzas de renovación se hubiera visto detenido por la trabazón de una meda determinada. No es que la señora Grancy contribuyera con cualquier impulso perceptible a la máquina social: su única distinción es que llenaba a las mil maravillas su lugar determinado en el mundo. Hay mucha gente que son como estatuas mal colocadas, saliéndose de sus hornacinas en algún punto, o dejándolas medio vacías en otro. hornacina de la señora Grancy era la vida de su marido, y suponiendo que pudiera discutirse que el espacio no era lo bastante grande para dejar un gran hueco, yo sólo puedo decir, en última instancia, que esas dimensiones deben ser determinadas por mejores instrumentos que los de tipo estándar en cuanto a utilidad. Ralph Grancy era, en resumen, una utilidad sin cuerpo: una de esas influencias constructivas que, en lugar de cristalizar en formas definidas, permanecen como medio para el desarrollo de los buenos sentimientos y la claridad del pensamiento. Él regaba fielmente su propio y polvoriento retal de vida, y la fructífera humedad rebasaba sus límites. La vida de Grancy siguiendo con la metáfora, era una parcela laboriosamente cultivada y su mujer la flor que él había plantado en medio o, mejor dicho, el árbol que le proporcionaba descanso y sombra al pie, y el viento de los sueños en la copa.

Todos nosotros su pequeño pero devoto grupo de seguidores habíamos conocido un momento en que pareció que Grancy iba a fallarnos. Le habíamos observado enfrentándose a uno y otro obstáculo estúpido: mala salud, pobreza, incompreensión, y lo peor de todo para un hombre de su calidad, el estúpido e insidioso egoísmo de su primera esposa. Le habíamos visto hundirse bajo el pesado y plomizo abrazo de su afecto, como un nadador en el abrazo de un torbellino; pero en el momento más desesperado volvía a subir a la superficie, ciego, jadeante, pero luchando para llegar a la playa. Cuando por fin su muerte le dejó libre, nos preguntamos cuánto tiempo del hombre se había llevado ella consigo. Cuando quedó solo, se descubrieron parches resecos, como un árbol del que se ha arrancado un parásito. Pero gradualmente empezó a sacar hojas nuevas y cuando conoció a la dama que iba a ser su segunda esposa, su verdadera esposa, según supusimos los amigos, todo el hombre floreció.

La segunda señora Grancy pasaba de los treinta años cuando se casó con ella, y era obvio que había recogido la cosecha de la media alegría que nace de la desesperación joven. Pero si bien había perdido la apariencia de los dieciocho, había conservado su luz interior; si su mejilla había perdido brillo, sus ojos eran jóvenes gracias a la juventud almacenada en media vida. Grancy la había visto por primera vez en algún lugar de Oriente -creo que era la hermana de alguno de nuestros cónsules- y cuando se la trajo a Nueva York, apareció entre nosotros como una desconocida. La idea de que Grancy volvía a casarse nos impresionó. Después de lo pasado, la mayoría de los hombres hubiera huido de las brasas; pero pensamos que estaba predestinado a cometer disparates sentimentales, y esperamos resignados la personificación de su último error. Después llegó la señora Grancy ... y comprendimos. Era la más bella y completa de las explicaciones. Apartamos de la vista nuestra derrotada omnisciencia y la enterramos apresuradamente bajo una generosa bienvenida. Por primera vez en muchos años nos quitamos a Grancy de la cabeza.

-¡Ahora hará algo grande! -profetizó el menos exaltado de nosotros. El más sentimental corrigió:

-Ya lo ha hecho al casarse con ella.

Claydon, el pintor retratista, fue quien arriesgó la hipérbole y muy poco después, a petición del feliz marido, se preparó para defenderla en un retrato de la señora Grancy. Todos, incluso Claydon, estábamos dispuestos a conceder que lo insólito de Grancy era en cierto modo una cuestión de entorno. Sus gracias eran complementarias y necesitaba de la llamada del compañero para desvelar unas pinceladas de color bajo sus alas de tinte neutro. Pero si necesitaba a Grancy para interpretarla, ¡cuánto mayor era el beneficio que le proporcionaba! Claydon la describía profesionalmente como el marco perfecto para él; pero si bien ella definía, también ampliaba, y si se volcaba a la perspectiva, desbrozaba nuevas tierras, abría nuevos panoramas, reclamaba áreas completas de actividad que se hubiera perdido bajo el duro cultivo de la privación. Esa interacción de simpatías no carecía de expresión visible. Claydon no era el único en sostener que la presencia de Grancy, o la mera mención de su nombre, ejercía un efecto perceptible sobre el aspecto de su mujer. Era como si se moviera una luz, como si descorriera una cortina o, utilizando otra de las metáforas de Claydon, como si Amor, el artista infatigable, buscara perpetuamente una mejor “pose” para su modelo. Bajo esa luz interpretativa, la señora Grancy adquirió el encanto que transforma en un libro los rostros de las mujeres, en el que nunca se vuelve la última página. Siempre había algo nuevo que leer en sus ojos. Lo que Claydon leía en ellos -o por lo menos ciertas insinuaciones deshilvanadas del ritual que llegaba a él a través de las puertas del santuario- su retrato nos lo reveló con el tiempo. **Cuando se expuso el cuadro, se consideró en seguida como una obra maestra; pero quienes conocían a la señora Grancy sonrieron y dijeron que la habían favorecido. No obstante, Claydon, no se había dedicado a pintar a la señora Grancy de ellos, ni siquiera la nuestra, sino la de Ralph; y Ralph reconocía lo suyo a primera vista.** Tan pronto como vio el retrato se dio cuenta de que Claydon había comprendido. En cuanto a la señora Grancy, cuando se le mostró el retrato terminado, se volvió al pintor y dijo simplemente:

-¡Ah, me ha pintado de cara al Este! Pese a todo su valor, la pintura pareció entonces un mero incidente en el despliegue de su doble destino, un simple pie de página en el texto ilustrado de sus vidas. No fue hasta mucho después cuando adquirió el significado de las últimas palabras pronunciadas en el umbral que no volvería a cruzar. Un año después de su matrimonio, Grancy había dejado su casa de la ciudad y había trasladado su felicidad a una hora de distancia, a un pequeño lugar entre colinas. Sus diversas obligaciones e intereses le llevaban con frecuencia a Nueva York, pero lógicamente, nosotros le veíamos menos que cuando su casa nos había servido de punto de encuentro de entusiasmos afines. Lamentábamos que aquella influencia se nos hubiera retirado, pero todos comprendíamos que sus grandes atrasos de felicidad se pagaran en la moneda que él eligiera. La distancia desde la que esta afortunada pareja irradiaba calor sobre nosotros no era tan grande como para que la amistad no pudiera salvarla; y nuestra idea de un ocio glorioso se materializaba los domingos en la habitación de Grancy, con su sedante aspecto rural y el retrato de la señora Grancy iluminando sus cultos muros. El retrato mejoraba en aquel ambiente, y solíamos acusar a Claydon de visitar a la señora Grancy para contemplar el retrato. El respondía diciendo que el retrato era la señora Grancy, y había momentos en que aquella declaración parecía incontestable. Uno de nosotros -creo que debió ser el novelista- llegó a decir que Claydon se había salvado de enamorarse de la señora Grancy gracias a haberse enamorado de su retrato; y era evidente que él, a quien su trabajo

terminado le importaba menos que el boceto abandonado de una futura obra, mostraba una constante ternura por ese cuadro único. Sonreíamos después pensando con cuánta frecuencia, cuando la señora Grancy se hallaba en la estancia, su presencia se reflejaba en nuestra conversación como el brillo del cielo en un torrente, y Claydon, alejado de la mujer real, se quedaba sentado escuchando, como si escuchara al retrato. En aquel momento su actitud sólo parecía parte de lo inhabitual de aquellas tardes pintorescas, cuando las combinaciones más familiares de la vida sufrían un cambio mágico. Cierta felicidad humana es como un lago cerrado, pero el de Grancy era un mar abierto, extendiéndose sobre una superficie ilimitada al encuentro de los intereses viajeros de la vida. Había espacio de sobra en aquellas aguas para todos nuestros destinos separados; y siempre, más allá de la puesta del sol, era un espejismo de islas afortunadas hacia las que miraban nuestras proas.

II

Tres años más tarde me enteré en Roma de su muerte. La esquela decía “repentinamente” y me alegré de ello. Me alegré también, quizá cobardemente, de estar lejos de Grancy en un momento en que el silencio parecería obtuso y las palabras ridículas. Aún seguía en Roma cuando él llegó de pronto unos meses más tarde. Había sido nombrado secretario de Legación en Constantinopla e iba camino de su destino. Había aceptado el puesto, confesó con franqueza, “para escapar”. Nuestras relaciones con aquel país mostraban una perspectiva de trabajo duro, y me explicó que eso era lo que necesitaba. No podía conformarse con estar sentado entre las ruinas. Me di cuenta de que, como la mayoría de nosotros en momentos de extrema tensión moral, representaba un papel, comportándose como creía que correspondía al hombre que se encontraba en el centro del desastre. La instintiva actitud de dolor es un compromiso variable entre desafío y postración; y el orgullo siente la necesidad de adoptar una actitud más digna ante semejante enemigo. Grancy, meditabundo y retrospectivo por naturaleza, había elegido el papel de hombre de acción que devuelve golpe por golpe y presenta un pecho armado a los embates del destino, y lo completo de su equipo testificaba su debilidad interna. Hablamos sólo de aquello en lo que no pensábamos, y al cabo de unos días nos despedimos con una sensación de alivio que demostraba lo poco adecuada que era la amistad para representar en semejantes situaciones el papel tradicional.

Poco después, mi propio trabajo me hizo volver a casa, pero Grancy permaneció varios años en Europa. La diplomacia internacional mantuvo su promesa de proporcionarle trabajo, y durante el año en que actuó de chargé d'affaires, lo hizo bien, en circunstancias difíciles, con evidentes muestras de celo y discreción. Una reestructuración política le retiró de su puesto cuando acababa de demostrar su utilidad al Gobierno; y el verano siguiente oí que había vuelto y que estaba en su casa de campo.

Le escribí a mi regreso a la ciudad, y me contestó a vuelta de correo. Me escribía como si me hablara, insistiendo en que pasara con él el próximo domingo, sugiriéndome que trajera conmigo a cualquiera del antiguo grupo que lograra convencer. Me pareció una buena señal pero, sinceramente, me sentí algo decepcionado. Quizá pensamos siempre que el dolor de nuestros amigos debería conservarse como esos monumentos históricos de los que periódicamente se arranca la hiedra que lo envuelve.

Aquella misma noche me tropecé con Claydon en el club. Le hablé de la invitación de Grancy y le propuse que fuéramos juntos; pero él alegó un compromiso anterior. Me dolió porque siempre tuve la impresión de que él y yo estábamos más cerca de Ralph que

los otros, y si íbamos a reanudar las viejas visitas de los domingos, hubiera preferido que nosotros dos fuéramos los primeros en estar solos con él. Así se lo dije a Claydon y me ofreció a ajustar mi horario al suyo, pero se negó en redondo.

-No quiero ir a casa de Grancy -me espetó. Esperé un momento pero no añadió nada más.

-¿Le has visto desde que regresó? -terminé preguntándole.

Claydon asintió.

-¿Y lo has encontrado muy mal?

-¿Mal? No, está perfectamente.

-¿Perfectamente? No creo que pueda estar perfectamente a menos que haya cambiado por completo.

-Oh, ya lo verás -respondió Claydon con desconcertante énfasis.

Su ambigüedad empezaba a exasperarme y me sentí como apartado de algo a lo que tenía el mismo derecho que él.

-Supongo que ya has estado allí.

-Sí, he estado allí.

-¿Y os habéis peleado, habéis acabado con vuestra relación? -¿Peleado? ¡Ojalá lo hubiéramos hecho! -Se levantó nervioso y apartó de un manotazo la revista que había estado leyendo hasta que llegué.

-Mira -me dijo plantándose frente a mí-, Ralph es la mejor persona del mundo y no hay nada bajo el cielo que yo no hiciera por él ..., excepto volver a su casa. Y dicho esto, salió de la sala.

Claydon era lo bastante imprevisible como para que yo leyera una docena de significados diferentes en sus palabras; pero ninguna de mis interpretaciones me satisfizo. En todo caso, decidí no buscar a otro compañero y el domingo siguiente viajé solo a casa de Grancy. Me esperaba en la estación y en seguida me di cuenta de lo mucho que había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto. Entonces tenía un aspecto combativo, pero ahora, en el caso de que él y el dolor aún convivieran, ya no era como enemigos. Físicamente, la transformación también era acusada pero menos tranquilizadora. Aunque el espíritu triunfaba, el cuerpo mostraba las cicatrices. A los cuarenta y cinco años estaba encorvado y canoso, con el andar cansino de un anciano. Sin embargo, su serenidad no era la resignación de la edad. Vi que no se proponía abandonar el juego. Casi inmediatamente empezó a hablar de lo que antes nos interesaba; no con esfuerzo como en nuestro anterior encuentro, sino con naturalidad, en el tono de voz de un hombre cuya vida vuelve a discurrir por los antiguos cauces. Me reproché el haber desconfiado de su poder de recuperación, pero mi admiración por su reserva de fuerzas estaba ahora impregnada por la sensación de que, después de todo, una felicidad como la suya debía de pagarla con su última moneda. La sensación fue en aumento al acercarnos a la casa, y descubrí lo inseparablemente que estaba asociada su esposa con mi recuerdo del lugar: toda la escena no era sino una prolongación de aquella presencia vívida.

Dentro de la casa nada había cambiado y mi mano hubiera aceptado sin sorpresa su apretón de bienvenida. Era la hora de la comida y Grancy me llevó en seguida al comedor, donde las paredes, los muebles, la plata y la porcelana, parecían un espejo en el que unos momentos antes se hubiera reflejado su rostro. Me pregunté si Grancy, bajo su recuperada sonrisa tranquila, ocultaba la misma sensación de su proximidad, si veía perpetuamente entre él y lo que le rodeaba su resplandeciente e intranquilo espíritu. Habló de ella una o dos veces, de un modo incidental, y su nombre pareció flotar en el aire después de haberlo

pronunciado, como una cuerda que sigue vibrando. Si sentía su presencia era, evidentemente, como la de un médium envolvente, la atmósfera moral en la que respiraba. Nunca había visto cuán completamente sobreviven- los muertos.

Después de la comida fuimos a dar un largo paseo por los campos y bosques otoñales, y al anochecer volvimos a entrar en la casa. Grancy me precedió a la biblioteca, donde su mujer siempre nos recibía a esa hora junto al fuego y una taza de té. La estancia daba al Oeste y perduraba en ella cierta luz cuando el resto de la casa ya estaba a oscuras. Recuerdo lo joven que parecía bajo esa luz dorada que irradiaba de su cabello y de sus ojos, o que dibujaba su juvenil figura al pasar ante las ventanas. De todas las estancias, la biblioteca era especialmente suya y ahí sentía yo que su presencia, su inmediatez, podía tomar forma visible. Pero de repente, cuando Grancy abrió la puerta, desapareció la sensación y noté como una resistencia al traspasarla. Miré a mí alrededor. ¿Había cambiado la habitación? ¿Había alguna mano sacrílega borrando las huellas de su presencia? No; también aquí todo seguía igual. Mis pies se hundían en la misma alfombra de Daghestan; las estanterías reflejaban la luz del fuego en las mismas hileras de hermosos libros encuadernados, su sillón seguía en el mismo lugar junto a la mesa, y en la pared opuesta me contemplaba su rostro.

Su rostro ... Pero ¿era el suyo? Me acerqué algo más y me quedé contemplando el retrato. La mirada de Grancy siguió la mía y oí que se acercaba.

-¿Notas un cambio? -preguntó.

-¿Qué significa?

-Significa... que han pasado cinco años.

-¿Por ella?

-¿Por qué no? ¡Mírame! -señaló sus canas y su frente arrugada-. ¿Qué crees que la mantenía tan joven? ¡La felicidad! Pero ahora -la miró con infinita ternura-. Me gusta más así. Es lo que hubiera deseado.

-¿Hubiera deseado?

-Que envejeciéramos juntos. ¿Crees que la hubiera gustado quedarse atrás?

Me quedé sin voz, mientras mis ojos iban de las facciones marcadas por el dolor, al rostro pintado. No estaba arrugada como él, pero un velo de años parecía haberse extendido sobre ella. Su resplandeciente cabello había perdido elasticidad, las mejillas su tersura, la frente su luz: toda ella se había apagado.

Grancy apoyó la mano sobre mi brazo y pregunto con tristeza:

-¿No te gusta?

-¿Gustarme ... ? ¡La he perdido! -estallé.

-Y yo la he encontrado -respondió.

-¿En eso? -exclamé con un gesto reprobatorio.

-Sí, en eso -se volvió hacia mí, casi desafiante-. ¡La otra se había vuelto una falsedad, una mentira! Así es tal como hubiera estado ..., es decir, tal como es. Claydon debería saberlo, ¿no te parece?

Me volví súbitamente.

-¿Te hizo esto Claydon?

Grancy asintió.'

-¿Después de tu regreso?

-Sí, le mandé buscar después a la semana de haber llegado ... -Se volvió y dio una patada a las brasas. Le seguí, contento de dejar el cuadro a mi espalda. Grancy se dejó caer

en un sillón junto a la chimenea de modo que la luz caía sobre su rostro sensible y cambiante. Echó la cabeza atrás, cubriéndose los ojos con la mano, y empezó a hablar.

III

-Vosotros conocéis de sobra mi historia anterior para daros cuenta de lo que significó para mí el segundo matrimonio. Digo daros cuenta, porque en realidad nadie pudo comprenderlo. Siempre ha habido en mí la necesidad de un par de ojos femeninos que deberían ver conmigo, o de un pulso que debería latir al mismo tiempo que el mío. La vida es algo muy grande, por supuesto; un espectáculo magnífico, pero estaba cansadísimo de contemplarlo solo. No obstante siempre es bueno vivir, y yo tenía suficiente felicidad, aunque de tipo pasajero. Lo que nunca había probado era la forma sencilla e inconsciente en la que uno respira como si fuera aire.

Bueno, la encontré. Era como encontrar el clima en el que estaba destinado a vivir. Ya sabéis lo que era... cuán indefinidamente multiplicaba los puntos de contacto con la vida, cómo iluminaba las cavernas y comunicaba los abismos con un puente. Bueno, te juro (aunque supongo que el sentido de todo ello estaba latente en mí) que lo que solía pensar camino de mi casa al final del día era simplemente que cuando abriera esta puerta estaría sentada ahí, con la luz de la lámpara cayendo de cierto modo sobre un pequeño rizo en el cuello. Cuando Claydon la pintó, captó la mirada que solía levantar hacia mí cuando yo entraba. A veces me he preguntado cómo podía conocer su expresión cuando ella y yo estábamos solos. ¡Como disfruté con el cuadro! Yo solía decirle:

»"Ahora eres mi prisionera. Nunca te perderé. Si te cansaras de mí y me abandonarás, dejarías tu verdadero ser ahí, en la pared." Una de nuestras bromas de siempre era que quizás algún día se cansaría de mí.

.Tres años de felicidad... y entonces murió: Fue algo tan repentino que no hubo cambio ni disminución. Era como si de pronto se hubiera vuelto fija, inmóvil, como su retrato. Era como si el tiempo se hubiera parado en su momento más feliz, como cuando Claydon había tirado sus pinceles un día diciendo: "No puedo hacer nada mejor."

.Me marché, como sabes, y he estado fuera cinco años. He trabajado tan intensamente como he podido y pasados los primeros meses negros, me invadió un poco de luz. De pensar que se hubiera interesado por lo que yo hacía, pasé a sentir que estaba interesada, que estaba allí y que lo sabía. No te estoy hablando con jerga psíquica; simplemente estoy tratando de expresar la impresión que sentí de que una influencia tan plena, tan intensa como la de ella, no pudiera pasar como lluvia de primavera. Habíamos vivido tan intensamente cada uno en el corazón y en la mente del otro, que la conciencia de lo que hubiera pensado y sentido iluminaba todo cuanto yo hacía. Al principio volvía tímidamente, como probando, como si no estuviera segura de encontrarme; después se fue quedando más y más tiempo hasta que por fin volvió a ser de nuevo el aire que respiraba. Hubo malos momentos, naturalmente, cuando su proximidad se burlaba de mí por la pérdida de la mujer real; pero la distinción entre las dos se fue borrando gradualmente y la mera idea de ella se hizo cálida como carne y sangre.

Después volví a casa. Llegué en avión por la mañana y vine directamente aquí. La idea de ver su retrato me obsesionaba, y mi corazón latía como el de un enamorado cuando abrí la puerta de la biblioteca. Era por la tarde y la estancia estaba llena de luz, una luz que caía sobre su retrato, el retrato de una mujer joven y radiante. Me sonrió fríamente a través de la distancia que nos separaba. Tuve la impresión de que ni siquiera me

reconocía. Y entonces me vi. en aquel espejo de allí: un hombre vencido, de pelo gris, al que jamás había conocido. .Y así vivimos juntos una semana... la extraña mujer y el hombre desconocido. Yo me sentaba noche tras noche frente a su retrato a interrogar su rostro sonriente; pero nunca obtuve respuesta. Después de todo, ¿qué sabía de mí? Estábamos irrevocablemente separados por los cinco años de vida que había entre nosotros.

A veces, sentado aquí, casi llegué a odiarla; porque su presencia había alejado mi dulce fantasma, la verdadera esposa que había llorado, envejecido, luchado conmigo durante aquellos espantosos años. Fue la peor soledad que jamás había conocido. Y poco a poco empecé a notar una mirada triste en los ojos del retrato; una mirada que parecía decirme: "¿No ves que yo también me siento sola?" Y de pronto se me ocurrió que a lo mejor odiaba haberse quedado atrás. La recordé comparando la vida a un libro pesado que no podía leerse cómodamente a menos que lo sostuvieran entre dos personas. Y pensé también con cuánta impaciencia su mano hubiera vuelto las páginas que nos separaban. Así que me dije: **"Es el cuadro lo que nos separa; es el cuadro el que ha muerto y no mi esposa. Estar sentado en esta habitación es como velar a un cadáver."** A medida que esta sensación fue creciendo en mí, el retrato se fue transformando en un hermoso mausoleo en el que la habían enterrado viva: podía oír la golpear junto a las paredes pintadas y pedirme ayuda con voz apagada.

-Un día me di cuenta de que ya no podía soportarlo más y mandé llamar a Clayton. Cuando llegó, le conté lo que había pasado y lo que quería que hiciera. De momento se negó en redondo a tocar el cuadro. A la mañana siguiente salí a dar un largo paseo y cuando volví a casa le encontré sentado aquí, solo. Me miró fijamente por un momento y luego dijo:

-He cambiado de idea; lo haré.

Preparé una de las estancias que dan al norte para que le sirviera de estudio y estuvo allí encerrado un día entero; después me mandó llamar. El retrato estaba allí como los ves ahora. Fue como si me recibiera en el umbral y me estrechara entre sus brazos. Traté de darle las gracias, de explicarle lo que significaba para mí, pero me interrumpió tajante: "¿Hay un tren a las cinco, verdad? -me preguntó-. Tengo una cena esta noche. Me queda el tiempo justo para llegar corriendo a la estación. Mándame mis cosas." No lo he vuelto a ver.

-Puedo imaginar lo que le costó modificar su obra maestra; pero después de todo para él no era sino un cuadro perdido, mientras que para mí era mi esposa recobrada.

IV

Después de esto, durante más de diez días contemple el extraño espectáculo de una vida de esfuerzo esperanzado y productivo basada en la estructura de un sueño. A los que veían a Grancy en aquel tiempo no les cabía la menor duda de que sacaba su fuerza y su valor de la sensación de participación mística de su esposa en su tarea. Cuando volví a verle unos meses más tarde, descubrí que el retrato había sido retirado de la biblioteca y colgado en un pequeño estudio que tenía arriba, al que había trasladado su mesa y algunos libros. Me contó que siempre se sentaba allí cuando estaba solo, reservando la biblioteca para sus visitantes del domingo. Naturalmente, los que echaron en falta el retrato no hicieron el menor comentario sobre su ausencia, y los pocos que conocían su secreto lo respetaron. Poco a poco todos sus antiguos amigos se fueron reuniendo a su alrededor, y nuestros

domingos por la tarde recobraron algo de su antiguo carácter; pero a Claydon no lo volvimos a ver.

Ahora, volviendo la vista atrás, creo que Grancy perdió facultades desde que volvió a casa. Su espíritu invencible negaba y disfrazaba las señales de debilidad que después se hicieron patentes en mi recuerdo. Parecía disponer de una inagotable reserva de vida en que apoyarse, y más de uno de nosotros creía en aquella superfluidad.

No obstante, cuando un verano regresé de mis vacaciones en Europa y me enteré de que había estado al borde de la muerte, comprendí inmediatamente que habíamos creído que se encontraba bien sólo porque deseaba que lo creyéramos.

Me apresuré a visitarle y le encontré en mitad de una lenta convalecencia. Entonces comprendí que le habíamos perdido, y él leyó mi pensamiento.

-Ahora soy viejo, no nos engañemos -me dijo-. Supongo que tendré que tomármelo con calma a partir de ahora; pero todavía no necesitamos que nos remolquen.

Ese plural me llamó la atención e involuntariamente miré el retrato de la señora Grancy. Centímetro a centímetro vi mi miedo reflejado en él. Era el rostro de una mujer que sabe que su marido está muriendo. Me quedé de piedra al pensar en lo que Claydon había hecho.

Grancy había seguido mi mirada y dijo a media voz:

-Sí, ha cambiado. Durante meses estuve que si me voy o no me voy... luchamos mucho tiempo y fue mucho peor para ella que para mí. -Después de una pausa añadió-: Claydon ha sido muy bueno: tiene tanto trabajo que pocas veces puedo verle, pero cuando el otro día le mandé llamar, vino en seguida. Guardé silencio y ya no volvimos a hablar de la enfermedad de Grancy; pero cuando me despedí me pareció que era como dejarle solo con su condena de muerte.

Cuando volví a visitarle parecía estar mucho mejor. Era domingo y me recibió en la biblioteca, de modo que no volví a ver el retrato. Continuó mejorando y hacia la primavera empezamos a pensar que tal como él había dicho, todavía viajaría un buen trecho sin que le remolcaran.

Una noche, de regreso a la ciudad, después de una visita que había confirmado mi esperanza, encontré a Claydon cenando solo en el club. Me pidió que cenara con él, y a la hora del café nuestra conversación giró sobre su trabajo.

-Si no tienes demasiado trabajo -le dije por fin-, deberías arreglártelas para volver a visitar a Grancy.

-¿Por qué? -preguntó levantando rápidamente la vista.

-Porque está muy bien -le respondí con un poco de crueldad-. El pronóstico de su mujer era equivocado.

Claydon se me quedó mirando y luego afirmó con una sonrisa que me dejó helado:

-Oh, ella lo sabe bien.

-¿Entonces te propones dejar el retrato tal como está? -insistí.

-Todavía no me ha mandado llamar -dijo, encogiéndose de hombros.

Se acercó un camarero con los puros, y Claydon se levantó y fue a reunirse con otro grupo.

Quince días más tarde me telegrafió el ama de llaves de Grancy. Me esperaba en la estación con la noticia de que ase había sentido mal y los médicos estaban con él. Tuve que esperar un buen rato en la biblioteca desierta antes de que aparecieran los médicos. Tenían el aspecto desconcertado de los empíricos que han sido sustituidos por el Gran Hacedor; y

yo esperé el tiempo necesario para oírles decir que Grancy no sufría y que mi presencia no podía hacerle ningún daño.

Le encontré sentado en el sillón de su pequeño estudio. Me tendió la mano con una sonrisa, y dijo:

-Ya ves que ella tenía razón.

-¿Ella? -repetí perplejo.

-Mi mujer. -Y señaló el retrato-. Naturalmente, desde el primer momento supo que no había esperanza. Me di cuenta -bajó la voz-, después de que Claydon estuvo aquí. Pero al principio me costó creerlo.

Le estreché las manos y le supliqué:

-¡Por el amor de Dios no lo creas ahora!

-Es demasiado tarde -respondió moviendo suavemente la cabeza-. Hubiera debido darme cuenta de que ella lo sabía.

-¡Pero, Grancy, escúchame! -empecé a decirle, pero al momento me callé. ¿Cómo podía convencerle? No teníamos ningún argumento en común, y después de todo a él le sería más fácil morir creyendo que ella lo había sabido. Curiosamente, vi. que Claydon se había equivocado.

V

Grancy me había nombrado uno de sus albaceas y mi socio, con mucho trabajo a la sazón, me rogó que asumiera la tarea de hacer que se cumplieran los deseos de nuestro amigo. Eso me colocó en la necesidad de informar a Claydon que le había sido legado el retrato de la señora Grancy; me contestó a vuelta de correo que mandaría a buscar el retrato inmediatamente. Yo me encontraba en la casa desierta cuando se llevaron el retrato; y cuando se cerró la puerta tras él sentí que también había desaparecido la presencia de Grancy. ¿Le había llegado el turno de seguirla, y podía un fantasma aparecerse a otro?

Durante uno o dos años no supe nada más del cuadro y, aunque de tanto en tanto me encontraba con Claydon, teníamos poco que decirnos. No tenía quejas concretas contra él y traté de recordar que había hecho algo maravilloso sacrificando su mejor cuadro en beneficio de un amigo, pero mi resentimiento tenía toda la tenacidad de la sinrazón.

Sin embargo, una señora cuyo retrato acababa de terminar me rogó un día que fuera con ella a verlo. Me resultaba imposible negarme, y fui con menos resquemor al enterarme de que no era el único amigo al que había invitado. Cuando entré, los demás estaban agrupados alrededor del caballete, y después de participar en el coro de alabanzas di la vuelta y me paseé por el estudio. Claydon era un coleccionista y merecía la pena ver sus cosas. El estudio era una habitación alargada, tapizada, con una arcada y un cortinaje al fondo. Las cortinas estaban recogidas y dejaban ver una pequeña estancia con libros y flores y unas pocas piezas de bronce y porcelana. La mesa de té que había en esta habitación interior daba a entender que estaba abierta a cualquier visitante, y decidí entrar. Me llamó la atención un jarrón *bleu poudré*; luego me volví a examinar un Ganimedes de bronce y al hacerlo me encontré de cara al retrato de la señora Grancy. La miré desconcertado y ella me sonrió con toda su recobrada y radiante juventud. El artista había borrado toda huella de sus últimos retoques y había reaparecido la pintura original. Brillaba sola en la pared recubierta de madera, afirmando su brillante supremacía sobre su bien elegido entorno. De momento pensé que toda la habitación era tributaria, que Claydon había amontonado sus tesoros a los pies de la mujer amada. Sí ... era a la mujer a la que amaba, no a su retrato; y comprendí mi instintivo resentimiento.

De pronto sentí una mano sobre mi hombro.

-¿Cómo has podido? -exclamé volviéndome.

390=391

-¿Que cómo he podido?

Y por qué no iba a poder hacerlo...

¿Acaso ahora no me pertenece?

Me alejé impaciente.

-Espera un momento -dijo deteniéndome con el gesto-. Ya se han ido todos y quiero decirte algo. Bueno, ya sé lo que has pensado de mí... **lo adivino. Supongo que imaginas que yo maté a Grancy.**

Me sobresaltó su inusitada vehemencia:

-Creo que intentaste hacer algo muy cruel -le dije.

-¡Qué poco sabéis ver de la vida! -exclamó-. Siéntate un momento aquí, donde podamos verla, y te lo contaré.

Se echó a mi lado en la otomana y se quedó mirando el cuadro con las manos cruzadas sobre una rodilla.

-Pígalión -empezó despacio- transformó a su estatua en una mujer real; yo transformé mi mujer real en un cuadro. **Pensarás que es una pequeña compensación, pero es que tú no sabes lo mucho que una mujer te pertenece después de haberla pintado.** Bueno, en todo caso, lo hice lo mejor que pude, le di lo mejor que hay en mí. Y a su vez ella dio a cambio lo que semejante mujer te da por el mero hecho de existir. Y después de todo me recompensó lo bastante haciéndome pintar como nunca volveré a hacerlo. Pero hubo una parte de ella que sólo era mía, y era su belleza; porque nadie la comprendió. Incluso para Grancy no era sino la expresión de sí misma... lo que el lenguaje es al pensamiento. Ni siquiera cuando vio el cuadro adivinó mi secreto. ¡Estaba tan seguro de que era sólo suya...! Es como si un hombre creyera que posee la luna porque la ve reflejada en el estanque frente a su casa.

*Bueno, cuando regresó y me mandó llamar para que modificara la pintura fue como si me pidiera que cometiera un asesinato. Quería que la transformara en una vieja... ella, que había sido tan divinamente joven. Como si un hombre que amara realmente a una mujer le pidiera que sacrificara su juventud y su belleza por su amor. Primero le dije que no podía hacerlo... pero después, cuando me dejó solo con el retrato, ocurrió algo curioso. Supongo que se debió a que sentía tanto afecto por Grancy que no quise negarme a lo que me pedía. En todo caso, mientras estaba allí, mirándola, pareció que me decía: "No soy tuya sino de él, y quiero que me hagas lo que él quiere." Y así lo hice. Cuando el trabajo estuvo terminado me hubiera cortado la mano... Me imagino que te dijo que yo no volví para mirarlo. Creyó que estaba demasiado ocupado. Nunca comprendió.

*Y el año pasado volvió a llamarme, ¿te acuerdas? Fue después de su enfermedad. Me dijo que había envejecido veinte años y que deseaba que ella también envejeciera, que no quería dejarla atrás. Aquella vez todos los médicos creyeron que iba a ponerse bien, y él también lo creía; y también yo cuando le miré, pero cuando volví al cuadro... Bueno, ahora no voy a pedirte que me creas, pero te juro que fue el rostro de ella el que me dijo que se moría, y que quería que él lo supiera. Tenía un mensaje para él y me hizo dárselo.

Se levantó bruscamente y se dirigió hasta el retrato; luego volvió a sentarse a mi lado.

-¡Cruel! Sí, también, a mí me lo pareció en un principio; y si esa vez me resistí fue por él y no por mí. Pero los ojos de ella me atraían todo el tiempo y poco a poco me hizo

que comprendiera. ¿De haber estado allí en persona (parecía decir) no se habría dado cuenta antes que nosotros de que estaba muriéndose? ¿No lo habría descubierto en su cara? ¿Y no sería terrible si ahora lo descubriera en otros ojos? Bueno, eso era lo que quería de mí y lo hice. Los mantuve unidos hasta el final. -Volvió a contemplar el retrato-. Pero ahora me pertenece... -repitió.